

Al día siguiente, en el mercado, la mujer comentaba en corro lo ocurrido

—¡Se nos aparecieron dos fantasmas!, no hablaban, sólo se escuchaba un ruido y mi marido les gritaba cosas y no había manera. Por fin salimos corriendo, llegamos a la plaza, a mí me pasaron al bar del Ches para darme una tila, mi marido se fue a Jefatura a dar parte. Dos municipales fueron a buscarlos

Mi madre estaba en el grupo y cuando éste se deshizo, quedándose a solar con la mujer le dijo

—Pues los fantasmas eran mi sobrino y mi hijo que pretendían.

La mujer pálida de asombro la interrumpió

—¡Jesús, hija mía! ¡Cuando se entere mi marido!

El hombre se enteró y no hubo nada. Los novios, poco tiempo después se casaron y todos fuimos felices, aunque en el menú no hubo perdices.

ANGEL MALAGON ESCOBAR

ESPAÑA INVERTEBRADA

9. PRONUNCIAMIENTOS

JOSE ORTEGA Y GASSET

(Adaptada a la juventud por
Manuel Valenzuela)

(Continuación)

He mostrado que la **acción directa, de facto** o de hecho, es una táctica que se deriva inevitablemente del **particularismo**, es decir, del no querer contar con los demás. El particularismo, a su vez, se deriva de una falta de perspicacia intelectual. Cuanto más torpes seamos y más angosto o limitado sea el horizonte de nuestras curiosidades e intuiciones, menos cosas entenderemos y con mayor facilidad olvidaremos que el prójimo existe.

La acción directa y la cerrazón mental de la cual ésta proviene, comienzan a presentarse en nuestra historia ya en el siglo XIX. Los castizos «pronunciamentos» fueron en pequeño lo que después se ha hecho en grande.

Aquellos coroneles y generales, tan atractivos por su temple heroico y sublime ingenuidad, pero tan cerrados de caeza, estaban convencidos de su «idea» no como lo está un hombre normal, sino como suelen estarlo los locos y los imbéciles. Cuando un loco o un imbécil se convence de algo, cree que todos los demás también están convencidos. No cree, pues, necesario esforzarse en persuadirlos; le basta con proclamar, con «pronunciar» su opinión, creyendo que todos los que no sean miserables o perversos reconocerán al punto la «indudable verdad». Así, aquellos generales y coroneles creían que, con dar ellos el «grito» en un cuartel, toda España iba a coincidir con su criterio.

A consecuencia de esto los conspiradores no solían preocuparse de preparar a tiempo grandes núcleos auxiliares, ni siquiera numerosas fuerzas de combate. ¿Para qué? Los «pronunciados» nunca creían que fuera preciso luchar de firme para obtener el triunfo. Seguros de que casi todo el mundo, en secreto, opinaba como ellos, tenían fe ciega en el efecto mágico de «pronunciar» una frase. **No iban, pues, a luchar, sino a tomar posesión del Poder público.**

Para encender una vela hace falta a lo menos que la vela esté apagada. Del mismo modo, para sentir afán de combatir hace falta